

2ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,29-34.

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

-Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquél de quien yo dije: «Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo.» Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.

Y Juan dio testimonio diciendo:

-He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él.

Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo:

-Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo.

EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

Este pasaje del Evangelio de Juan contiene el testimonio central de Juan Bautista sobre Jesús. En él se resume el sentido de la misión de Jesús diciendo que **«es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»**.

El misterio del mal, lo que llamamos pecado en lenguaje religioso, nos desborda. Es la **«opresión»** que las fuerzas del mal ejercen sobre el ser humano. Es todo lo que impide al hombre desarrollarse como persona. Es la frontera que impide una tierra de comunión, la ruptura en el interior de mi ser, entre mis ideas y mi vida, entre mi vida y la vida de los demás, entre los que piensan como yo y los que piensan distinto.

De ahí la falta de confianza en el otro que llega a desfigurar hasta sus intenciones más nobles, las injusticias de toda índole, la humillación, la esclavitud física y moral. De ahí esas contradicciones en una sociedad que aspira a lograr lo mismo que combate con todas sus fuerzas: libertad, amor, justicia, verdad, paz. Y es que **«el pecado corrompe el espíritu del hombre»**.

Jesús quita el pecado del mundo destruyendo la opresión. Para Jesús hay un solo pecado, **«la opresión, la injusticia»** y un solo mandamiento, el **«servicio, el amor»**. Jesús destruye el pecado del mundo escogiendo **«el camino del servicio, de la humildad, de la pobreza, de la entrega hasta la muerte»**. Podríamos decir que Jesús, para luchar contra el mal, emprende **«el camino del cordero»**, no el del toro que embiste con toda su fuerza. El camino de Jesús es **«el único camino»** para llegar a ser persona.

«Jesús nos abre ese camino» de salvación, ayudándonos a salir de la opresión, si ello fuese posible. Y en el caso de que no lo fuera, mostrándonos la fuerza del Espíritu que nos habita, un decirnos algo así como: **«eres libre, sé tú mismo, no dejes que nadie te destroce como ser humano; en tu verdadero ser, nadie podrá someterte si tú no te dejas»**, algo de tal calibre que nos capacita para vivir con dignidad aún en la opresión.

Este es un camino que nos conduce a estar en el mundo **«con la misma actitud que Él estuvo»**, tal como Él vivió. No tengo que oprimir a nadie, en ninguna circunstancia, pero tampoco tengo que dejarme oprimir. Y tengo que ayudar a todos a salir de cualquier clase de opresión.

Jesús quita el pecado del mundo y si yo quiero ser cristiano, tengo que **«seguir quitando»** el pecado del mundo, tengo que **«evangelizar»**. Es cierto que presentarse ante el mundo como cordero no vende en nuestros días. Vivimos en un mundo en el que lo habitual es que si no explotas te explotan, si no estás por encima de los demás, los demás te pisotean.

Nos encontramos ante un sentir que obedece al más puro **«instinto de conservación»**, pero ello no deja de ser un sentir que está al servicio de la individualidad, del **«yo egoísta»**. Y es precisamente ese egoísmo el que tenemos que superar si queremos entrar en la **«dinámica del amor»**, es decir, en la dinámica de la verdadera realización humana.

Es el oprimir al otro, no el que me opriman, lo que me destroza como ser humano. Jesús prefirió que le mataran antes que imponerse a los demás. Y esta es la clave que nos cuesta descubrir porque **«nos obliga a cambiar nuestra conducta»**.

«Sólo viviendo en el Espíritu de Jesús» podemos hacer posible este cambio. Solo su Espíritu nos puede conducir a **«vivir según nuestro verdadero ser»**, abandonando caminos que nos desvían una y otra vez del Evangelio. Solo su Espíritu nos puede dar luz y fuerza para emprender la **«renovación»** que necesitamos.

El Papa Francisco sabe muy bien que el mayor obstáculo para evangelizar es la **«mediocridad espiritual»**. Lo dice de manera rotunda. Desea alentar con todas sus fuerzas un tiempo nuevo, más ardiente, alegre, generoso, audaz, **«lleno de amor hasta el fin y de vida contagiosa»**. Pero todo será insuficiente, dice, **«si no arde en los corazones el fuego del Espíritu»**.

Por eso quiere para nuestra Iglesia **«evangelizadores con Espíritu»** que se abran sin miedo a su acción y encuentren en ese Espíritu Santo de Jesús **«la fuerza para anunciar la verdad del Evangelio con audacia, en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente»**.



La falta de una espiritualidad profunda se traduce en pesimismo, fatalismo y desconfianza. Nos hace pensar que nada puede cambiar, que es inútil esforzarse y eso nos conduce a un descontento crónico, a una **«tristeza que nos seca el alma»**. Olvidamos que **«el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas»**.

El Papa expresa con fuerza su convicción: **«no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo»**, **«no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas»**, **«no es lo mismo escucharlo que ignorar su Palabra»**, **«no es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la propia razón»**.

Todo esto lo hemos de descubrir por **«experiencia personal»**, haciendo un **«esfuerzo para conocer, de verdad, a Jesús»**, sin hacer caso a tanto prejuicio insidioso que pueda enredarnos. Conocer su **«Evangelio»**, su vivencia de Dios como **«Padre que nos ama incondicionalmente»** y **«amar siempre»** a todos y por encima de todo, ha de ser nuestro empeño más firme. En definitiva, **«vivir conforme al Espíritu de Jesús»**. ¡Que así sea!